



VOCINGLERO QUINCENAL

En todas las esquinas hay unos grandes carteles multicolores, que anuncian al pueblo soberano que la época de fiestas ha llegado por fin.

Estos pueblos también tienen su semana grande. Una semana grande plena de pitos chillones y de estridencias.

Al caer la tarde del día catorce, los músicos de la municipal se embuten en sus uniformes, tórtola pálido, y ya no se los quitan en ocho días, que para ellos deben resultar largos como días falaces. Se agudiza más el mentón puntiagudo del mefistofélico director de la banda, que al final de la Feria ha perdido un montón de kilos, que pasaron a aumentar el peso del flamante uniforme galoneado, tristemente empapado en barrillo de sudor y polvo bullicioso.

Como en todas las fiestas de todos los pueblos españoles, las vísperas de la Virgen, — cuando los músicos se ponen el traje tórtola — todas las campanas de todas las Iglesias que suelen ser muchas en esta Castilla, — tienen un alegre repicar, y un polvorista indígena, que sabe de los misteriosos cromatismos del azufre, prende unos cohetes voladores *de gran efecto*, que hienden el espacio, todavía diáfano, dejando una estela mal oliente. Aquí tenemos uno para nuestro uso particular y para la exportación a los pueblecitos de la llanura: Adolfo Colorado, Adofini, le llama el pueblo chungón, italianizando el apellido.

A nosotros nos dió los primeros sustos y las primeras alegrías, cuando niños. Hoy tenemos para él, el gesto cariñoso que guardamos para las emanaciones, que encuentran en la tradición una bella disculpa.

Aquella misma tarde los concejales tienen una satisfacción inmensa, una de esas satisfacciones que hinchaban el abdomen hasta aparentar hidropesía, y hacer saltar los botones de la entallada americana de algún edil elegantón y modernizado. Aquella tarde, al inaugurarse el real de la feria como paseo oficial de ocho días, los concejales sientan sus edilicias pasaderas sobre el rojo peluche de unos sillones, colocados majestuosamente sobre el templete de la música, que en estos días bullangueros, ostenta honores de pabellón municipal, por obra y gracia de unas columnas, y un toldo más ó menos góticos, más bien menos que más. Los forasteros se pasean ante el pabellón, y el concejal hinchado, sonríe satisfecho con gesto solemne de superioridad. ¡Oh las enormes satisfacciones del cargo!

Por la noche sobre un tablado provisional, adosado a la Catedral, hay en el Prado, fiesta manchega. *Mazantini*, el insustituible en estas cosas y en estos casos, presenta un cuadro de baile manchego. Sobre la cabeza de los bailarines y bailadoras, se destacan, rompiendo la uniformidad, una cabeza pequeña sobre un cuello de cisne largo y desmoñado. Pertenecen a un manchego largo, largo y flaco, flaco, que baila las seguidillas abriendo las piernas mucho en unos terribles saltos de langostón. Sobre el sonar de los árboles, se alza de pronto la seguidilla:

Virgen del Prado,
de Ciudad Real patrona...

Es Paquillo el ciego, Paco Argumosa, que pone el alma entera en esta copla monótonamente quebrada.

Sentimos como un colapso. Es el alma de la raza, la vieja raigambre manchega.

En la procesión de la Virgen morena, al forastero le llama la atención unos hombres y unas mujeres ridículas, vestidas con larga túnica que quiere ser blanca y tocadas con un velo. Son los *amortajaos*, que hicieron la promesa a la Virgen, ante la amenaza terrible de la Parca.

¡Toros! Dos días en que Ciudad Real se inunda de forasteros. A cada paso saludamos un amigo de los días de bachillerato. Las guapas mujeres manchegas han orlado su belleza entre las blondas de una mantilla almagraña y han colgado al brazo la greguería chinesca de un mantón floreado. Cunde la fiebre ante el calor del ambiente caligíneo y la guapeza velidosa de las hembras, en una exaltación de luz cegadora.

La gaya poesía provenzal que levantó trinos de amor a la imagen hermosa, busca un pobre remedo en nuestros días en estos torneos que llamamos juegos florales. Comprendemos su eficacia cultural, pero hemos de confesar que nos dan la sensación de una tortada con adornos de confitero cursi. La tortada nos gusta — tenemos la debilidad de ser golosos — pero los adornos de almidón coloreado nos molesta. Aquí en Ciudad Real estuvieron bien, nosotros queremos reconocer los innumerables trabajos de los organizadores. La poesía premiada es un bello canto a Castilla la mítica. El mantenedor con sus grandes bigotes de mosquetero romántico nos dió la mencionada sensación de los adornos de almidón. Cursi y pobre. Nosotros pensamos devolver escritos unos *comentarios al margen del bigote de un mantenedor*.

Pepe Cruz — el inteligente corregidor — intentó organizar un coso blanco; pero hasta la escayola de las carrozas albas, se le puso en contra. Las estatuas se rompían antes de llegar al paseo, quizá en son de protesta. Ha sido una lástima que no haya resultado como Pepe pensó, en su buena voluntad.

Un día entero a cargo de la banda municipal y después al dar las doce de la noche del 22 se oyen detonar en el paseo las bombas de la traca. Pues, parece, que... La feria ha terminado. Descansemos.

SIMÓN ABRIL.

UNA VISITA

Durante los días de fiestas y con motivo de asistir a la Exposición de productos regionales, hemos recibido la visita en nuestra redacción de una Comisión del Centro Regional Manchego, compuesta por dos profesores de dicho Centro, el Secretario, dos señores más de la Directiva y el director del periódico *Ecos de la Mancha*.

En nuestra conversación con estos señores hemos podido observar el gran interés que tienen por mantener vivo y despierto el cariño y la unión entre estas cuatro provincias hermanas y los buenos propósitos de laborar desde aquel Centro por el resurgimiento de las mismas.